

UNA NOVELA AMBIENTADA EN CLEVERLAND

El reto de leer a un DFW fundacional con casi 30 años de *jet-lag*

David Foster Wallace

La escoba del sistema

Pálido Fuego, 2013, 521 pp., 23,90 €

En ocasiones resulta interesante observar cómo aquel afán recolector del comparatismo literario de la hora francesa con sus fuentes e influencias y la posterior apertura hermenéutica de las obras artísticas, con sus ecos de relativismo posestructural, se unen en una vorágine carnavalesca de hipertrofia crítica de lo más interesante. Hablo de la recepción de *La escoba del sistema*, la primera y recién traducida novela de David Foster Wallace, y los filtros filosóficos y literarios de influencia e interpretación que se pueden encontrar: Wittgenstein, Derrida, Ricoeur, Rorty, Lacan, Hegel, Austin, Pynchon, Coover, Manuel Puig, DeLillo, quién da más.

Poco hay que objetar con novelas de lectura multiestrato como ésta cuando advertimos además a cada paso la autorreflexividad narrativa de Coover, el simbolismo de los nombres y el juego entre la paranoia y la conspiración de Pynchon, la polifonía y los diálogos no marcados de Puig, las referencias directas a los enunciados performativos de Austin, la preocupación por el «il n'y a pas de hors-texte» derridiano y la plasmación de la presencia/ausencia (marcar la *différance*, dejar huella), y sobre todo la omnipresencia de Wittgenstein: el contar/mostrar, los límites del lenguaje individual como los límites del propio mundo, el significado como uso y, en definitiva, «toda aquella mafia pseudowittgensteiniana de allí».

La potencia filosófica está ahí, en ambos sentidos, en una novela que fue la *fiction thesis* de un joven de veintitrés años, pero que, más que una novela de tesis —ojo con los falsos amigos—, es una obra de síntesis dialéctica, donde se actualizan diferentes teorías filosóficas en conversación unas con otras (Wallace contó en una entrevista cómo todo el libro es una conversación entre Wittgenstein y Derrida) en una piedra de toque que pone a prueba las ideas en circunstancias y personajes concretos y reduce el nivel de abstracción, y que nos permite incluir la obra y toda su juguetona intención de aplazar el significado en ese grupo de obras que el mismo autor denominó *interpret-me fiction*.

Todas estas influencias, referencias y lecturas son tan importantes como útiles, pero no debemos olvidar la influencia más determinante, la clave interpretativa más perturbadora: nos enfrentamos a una lectura con casi treinta años de *jet lag*. *La escoba del sistema* se publicó originariamente en 1987, y hoy que tenemos la suerte de que la nueva y audaz editorial Pálido Fuego nos la ofrezca en castellano por primera vez, el cambio de coordenadas nos quita el sueño, porque no puede dejar de desconcertarnos que la mayor influencia para nosotros en la primera novela de David Foster Wallace sea el propio David Foster Wallace y



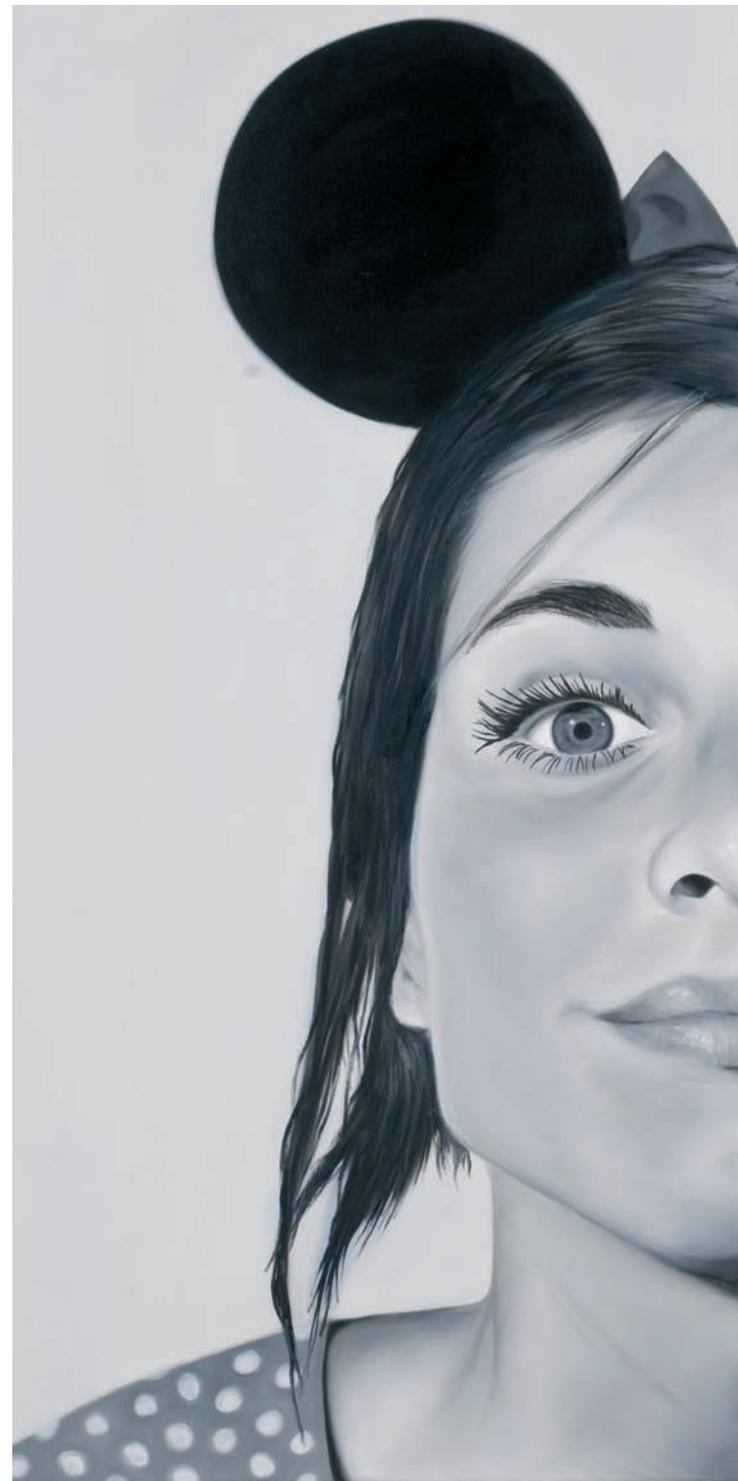
Ésta es, quizá, la obra más asequible del autor y de las más hilarantes, pero la sensación de que es el narrador de «El neón de siempre» (aquel personaje que nos habla tras su suicidio) el que escuchamos hace que se nos tuerza la risa y que leamos como si tuviéramos ojos en la espalda

su estela. No podemos leer *La escoba del sistema* como si no hubiéramos leído el resto de su obra, no podemos entender su primera novela como si no supiéramos las reacciones que ha generado en sus contemporáneos, como si no hubiéramos oído hablar de la *new sincerity*, como si no hubiéramos leído con su cameo en *Los Simpsons* y con la opinión que le merece a Harold Bloom, o no se le hubiera negado el Pulitzer, como si no supiéramos que Franzen esparció sus cenizas en Masafuera. No hay manera de leer *postmodern* sin entender *postmortem*, de estructurar su *corpus* sin pensar en *corpse*. No hay quien duerma con tantas horas de vuelo con el suicidio en la mente. No podemos leer con los pies en el suelo con inocencia indolora, porque cogimos la escalera lingüística de Wittgenstein para ascender una broma infinita y la arrojamos desde arriba. Por eso subrayamos con mirada desenfocada aquello que se puede aplicar también a nosotros al llegar finalmente al GOD, el Gran Ohio Desértico de *La escoba del sistema*: «Ella está esposada a un cadáver en el desierto. ¿No ves la... ironía?».

Ésta es, quizá, la obra más asequible del autor y de las más hilarantes, pero la sensación de que es el narrador de «El neón de siempre» (aquel perso-

naje que nos habla tras su suicidio) el que escuchamos hace que se nos tuerza la risa y que leamos como si tuviéramos ojos en la espalda: vemos ya en *La escoba del sistema* los temas recurrentes posteriores, puede que indagados con menos destreza —el entretenimiento en la sociedad contemporánea, la autenticidad, el solipsismo, la autoconsciencia, las terapias psicológicas, las adicciones—, y el maximalismo de análisis laberíntico, el juego intelectual con el lector, lo excesivo y ampuloso de su discurso verbal inagotable, pero advertimos también

que el acercamiento es aún cerebral y de cinismo sutil, que la dictadura de la inteligencia hace que la búsqueda formal avanzada todavía no esté del todo en aras de lo esencialmente humano y la pelea contra la soledad. Humano, sí, pero aún no demasiado humano. Sin embargo, y a pesar de los sentidos diferidos, las lentes de aumento del lector advertido, la Ausencia que llena —paradojas— los lugares de indeterminación, o el cavernoso *jet lag*, podemos ya escuchar de vez en cuando ese *click* mientras intentamos conciliar el sueño. ■ CRISTINA GUTIÉRREZ VALENCIA



Yorch ▶ *Retrato de una era en cambio*, 2012, óleo sobre lienzo, 100 × 100 cm ▶ XLIII Certamen Nacional de Arte de Lurca